

ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

EN TRÁNSITO POR LA REVISTA

Pocos años después de la desaparición de *El Maestro* y de *Universidad de México* dirigida por Julio Jiménez Rueda (1923 y 1934, respectivamente), en febrero de 1936 la revista *Universidad* restablece el eslabón entre las publicaciones de cultura popular, sin daño de su alto nivel. A escasa distancia de la autonomía lograda, las autoridades de nuestra casa de estudios recayeron en el licenciado Luis Chico Goerne como rector, auxiliado de cerca por los idem abogados Juan José Bremer y Salvador Azuela. Este último, encargado de la Dirección de Acción Social, la extiende con espíritu mesiánico, diríamos: organiza consultorios y bufetes gratuitos, funda centros para obreros, integra una misión de investigación para El Mezquital, se preocupa de la salud de la gente del campo y su habitación.

Hacia 1934 se había adquirido y montado la denominada Imprenta Universitaria, cuyas matrices y tipos se estrenaron con dos libros de artesana pulcritud: *Impresos mexicanos del siglo XVI*, por Emilio Valton y *Manual del linotipista*, por Ernesto M. Rodríguez. La imprenta se instaló en una humilde casa habitación de la calle de Bolivia 17. No dejaba de sorprender cómo, en la limitada sala donde acaso durante el día onomástico de la inquilina serían servidas las cubas libres y bocadillos, habría allí penetrado aquel megaterio: la gran prensa en la cual se imprimía. En fin, en 1936 se decidió publicar *Universidad* y se asignó su dirección al poeta Miguel N. Lira, ya bien fogueado en menesteres de creación y tipografía en su imprentita doméstica del rumbo de General Anaya. La cosa fue en grande, para la época: tiro de 10,000 ejemplares, elevado no muy tarde a 20,000, repartidos gratuitamente. Novedosa en el formato y anuncios, pues se contaba con la asistencia del diseñador Julio Prieto, el luego impar escenógrafo. La nave de Gutenberg —¡barroco!— la conducía con su experiencia Francisco Monterde. Entre los galeotes de la corrección remábamos galera tras galera, entre otros, Alfredo Maillefert, Alfredo Ortiz Vidales y este servidor.

En unas páginas iniciales Salvador Azuela expresó: "En tanto que los falsos amigos de los humildes procuran envenenarles el alma de odio contra todas las superioridades auténticas, nacidas del talento y la virtud, muchos de los intelectuales de profesión se encierran en una postura desdeñosa... La posición simpatizante de la Universidad Nacional para la causa de los oprimidos no excluye el decoro de la inteligencia."

El número I de *Universidad* prefiguró la constante de los sucesivos. Claro está que la idealista empresa editora lució para el caso sus brillantes "estrellas" del saber: Isaac Ochoterena, Francisco Gonzáles de la Vega, Julio Torri, Hilario Medina, Joaquín Gallo... Claro está, asimismo, que ningún escritor prestigioso pero ajeno a la Universidad estuvo ausente de sus páginas. Desde el número inicial figuró una sección integrada con la reproduc-

ción de estudios y crónicas insertados en revistas internacionales, de preferencia europeas. Se tomaba en tales trabajos el pulso del mundo, ya por entonces tan alterado por la proximidad de la catástrofe. Un poco después la sección, amparada por un grabado de la rosa náutica, se tituló "De todos los rumbos" y estuvo a cargo de Vicente Magdaleno. Cada edición concluía con "Imágenes", un pliego en papel couché donde se estampaban, desdichadamente sólo en blanco y negro, óleos, litografías, acuarelas, dibujos y grabados de nuestros artistas. Entre esas muestras plásticas es de señalar cómo, tratándose de la rarísima difusión alcanzada por la obra del pintor Fermín Revueltas, la reproducción de algunos óleos suyos permite apreciar sus características de originalidad y sobriedad.

Rafael Heliodoro Valle, aquel espejo de todas las curiosidades, publicó en el número I unas notas sobre las primeras máquinas en México, pero de ahí en adelante mantuvo vivo, actual, un género reberverante de inquietudes, confidencias, revelaciones: "Diálogo con...". Fue el primero con Manuel M. Ponce. Entre los siguientes asediados se cuentan —y vale la pena enumerarlos—: Luis Cabrera, Martín Luis Guzmán, Cipriano Rivas Cherif, Manuel Rodríguez Lozano, León Felipe, Juan Marinello, Julián Carrillo, René Marchand, José Clemente Orozco, Waldo Frank, Nicolás Guillén, Marcelino Domingo, Alejandro Brailowsky, Enrique González Martínez, Anibal Ponce, José Pijoan, José Moreno Villa, Luis González Obregón, Isaac Ochoterena, Fernando de los Ríos, Alfonso Reyes y André Bretón. Habilmente inquiridos, en un positivo diálogo entre entrevistador y entrevistado, éste solía incurrir en raptos de encantadora sinceridad y aportaba uno que otro dato desconocido. Así, Manuel M. Ponce alude a su "Poema elegíaco" a la muerte de Luis G. Urbina, a los 3,000 discos de "Estrellita" vendidos en un solo mes y a que la marimba es de origen polinésico y probablemente la trajeron los negros en el siglo XVI. Martín Luis Guzmán vino de España en 1936 para escribir una Historia de la Revolución Mexicana extendida hasta la muerte de Obregón, dijo estar próxima a publicarse su biografía de Sir Francis Drake y, a dos meses de distancia del estallido de la guerra civil en la península, aseguró no ser partidarios de la violencia los españoles. Rivas Cherif confiaba cómo Margarita Xirgu se asustaba de que el público de aquel México se asustara de las supuestas crudezas de *Yerma*; al parecer de Cherif, Ruiz de Alarcón, más que mexicano y que español, fue un gran europeo, y hasta podría decirse que el primer escritor (¿dramaturgo?) francés. León Felipe, ya desatada la contienda en su patria, exclama: "Que se deshaga España, no importa; pero que se salve lo ético-español." Y así continúa, por el estilo, el tono de los diálogos. Tantos años más acá se piensa en la conveniencia de recopilar tales entrevistas —imagen cultural de la época—, a

las cuales convendría acudir a ciertos historiadores.

Con el tiempo, la revista *Universidad* se enriqueció con dos suplementos incluidos en cada número: uno, musical, con una serie de composiciones originales; otro, monográfico y en extremo valioso, con temas como la arquitectura precolombina, la tipografía colonial mexicana, las actividades “sobre-realistas” (sí, superrealistas) y la arquitectura contemporánea. También se convocó a certámenes de cuento y ensayo.

A raíz de un cambio de autoridades, en 1938 y a la altura del número 29, la revista *Universidad* llegó al ápice del infortunio al verse dirigida por mí mismo.

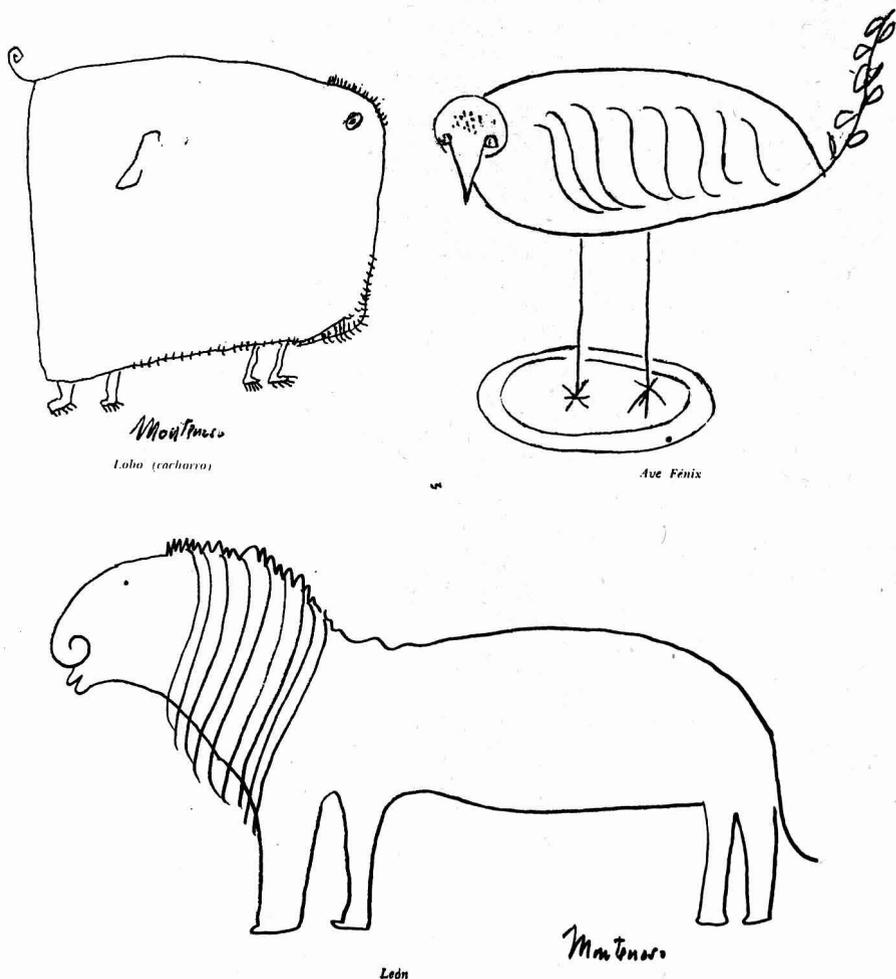
Corrieron los años hasta 1946, en la etapa del doctor Salvador Zubirán como rector. Entonces Agustín Yáñez me invitó a “echar el hombro” en una nueva etapa de la revista, ahora llamada *Uni-*

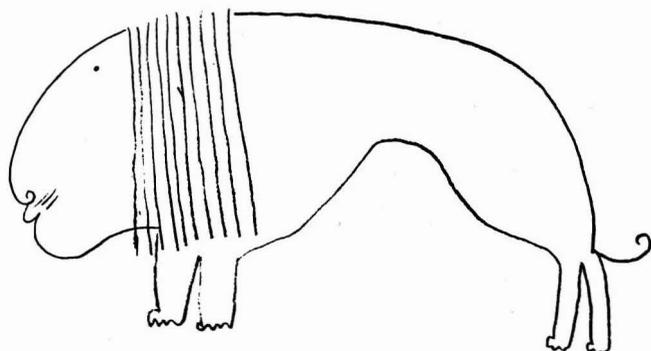
versidad de México, tal como en los años treinta. Acepté complacido, por mi grata participación anterior. En un lapso de siete años no me libré del título de jefe de redacción, en tanto algunos directores aparecían fugazmente en el directorio.

Se adoptó un formato tabloide, de 24 a 32 páginas, impresa en la misma Imprenta Universitaria con la cual ya nos hablábamos de tú. La encabezaba un editorial —esa especie de tosecita preliminar entre gente bien educada—, pero despojado de todo enfatismo. A la colaboración de buenas firmas literarias de las cuales nunca estuvo desprovista, se añadió un especial cuidado en ensanchar la sección bibliográfica, torre de señales para orientar sobre la respiración intelectual en torno. El acucioso Salvador Domínguez Assiayn se volcaba sobre revistas, libros y periódicos de todos los horizontes para rescatar las notas relevantes en un “Panorama cultural”. El doctor Alfonso Pruneda —malicia y bonhomía— redactaba personalmente, sin secretaria, y entregaba de número en número una crónica de sucesos del ámbito universitario, como encargado que era del departamento de difusión. Otras dependencias, como los Institutos tan bien abastecidos de hombres de ciencia, daban cuenta de sus investigaciones.

Principalmente en los primeros tiempos de *Universidad de México* se sucedieron hechos de trascendencia, de los cuales se ofreció autorizada información: el hallazgo del elefante fósil de Tepexpan, de tanto valor para estimar la antigüedad del hombre en México; el reposo final de los restos de Cortés en el Templo de Jesús, declarado para el efecto como un monumento nacional; la erupción del volcán Parícutín, del cual se ofreció la descripción de hechos geológicos ocurridos en un breve plazo, igual que un diario de bitácora. El investigador y cuentista Francisco Rojas González se lució en una exposición etnográfica, adornada con una disertación de Alfonso Reyes sobre poesía indígena; se dio a conocer el revelador testamento de Sor Juana Inés de la Cruz. Hubo ecos de dos grandes desapariciones ocurridas en 1946: Antonio Caso y Ezequiel A. Chávez. Alfredo Gómez de la Vega trazaba una silueta de Francisco Orozco Muñoz.

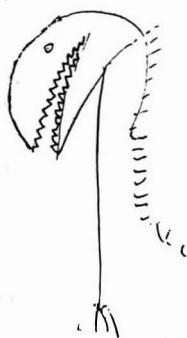
Se reanudó una atractiva modalidad de la etapa precedente, como fueron los “Diálogos” de Rafael Heliodoro Valle ponderados líneas atrás. Sólo se interrumpieron el tiempo en que Heliodoro la hizo de embajador de Honduras en Washington. Al insistir en cómo constituyen un arsenal de datos para historiadores de la cultura y simples curiosos, registramos unos cuantos nombres de los entrevistados: Roberto Agramonte, Rafael Altamira, Miguel Covarrubias, Salvador de Madariaga, Federico Gómez de Orozco, Agustín Millares Carlo, Erasmo Castellanos Quinto, Doctor Atl, Gonzalo R. Lafora, Julio Jiménez Rueda, Jean Sarrailh, Mariano Brull, Roberto Montenegro, Francisco Gavidia, Alfonso Teja Zabre, Marcel Bataillon,



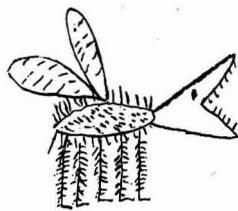


León

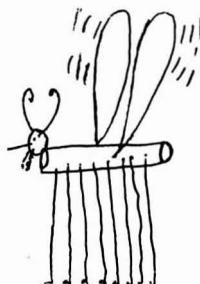
Monterde



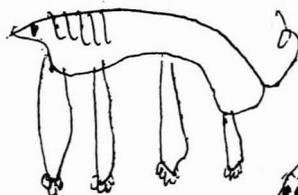
Ave común



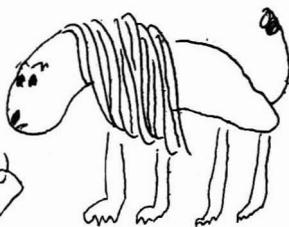
Mosquito (a)



Mosquito (b)



Leones



Luis Cardoza y Aragón, Benjamín Carrión, Dámaso Alonso, Carlos R. Menéndez, Baldomero Samín Cano, Jorge Basadre, Manuel Sandoval Vallarta, Jorge Manach, Eugenio Florit, Eduardo Avilés Ramírez, Ventura García Calderón, José A. Balseiro y Fernán Silva Valdés, entre otros. No resulta escaso el repertorio, y, como de costumbre, abundan los lances y frases afortunadas. O tan inesperadas, tan retumbantes, como ésta del ególatra Vargas Vila, según la refiere Balseiro: "Tengo tres grandes enemigos dignos de mí: Dios, la gramática y los Estados Unidos." Satánico el hombre, al estilo vargasvilescó.

En las páginas centrales se acostumbraba insertar trabajos monográficos acerca de exploraciones arqueológicas, hallazgos de monumentos coloniales, temas de cultura general. Pero adquirían mayor prestancia cuando se dedicaban a presentar la obra pictórica o escultórica de José Clemente Orozco, Federico Cantú, Feliciano Peña, Valetta Swann —a quien propiamente dio a conocer—, Chucho Reyes Ferreyra, Alfredo Guati Rojo, Waldemar Sjölander, y Victorio Macho, al cual el posterior rector Luis Garrido hizo una jugosa visita. A poco de ocurrir su fallecimiento se reprodujeron muestras de la prometedora aptitud del pintor Francisco Monterde Fernández —hijo del doctor don Francisco—, frustrada a los veintipocos años.

Diversos sucesos ocurridos en febrero de 1948 turbaron la vida universitaria, hasta desembocar en la designación del doctor Luis Garrido como rector. De suaves modales era su trato, y no olvidó el tono reposado de su voz en ocasión de acudir mensualmente en demanda de tema para el editorial. La revista siguió en su curso normal de publicación, aunque cuidando de modificar algunas secciones.

A mediados de 1952 se incorporó un nuevo elemento: el pintor español Miguel Prieto. Dibujante espléndido, poseía además un buen gusto raras veces visto para el diseño tipográfico. De un original cualquiera lograba una armoniosa composición plástica. Fue una acertada adquisición, y a partir de entonces se nos designó a él y a mí, en el directorio, "encargados de la revista".

Las dimensiones de ésta se alteraron, hasta constituirse en lo que podríamos llamar un gran tabloide. Fue indudable la superación. La profusión de ilustraciones y la composición del texto en variados tipos de imprenta, como si se quisiera ostentar la opulencia de castas en los linotipos y en las cajas, le dieron aire de novedad. No habría exageración en considerar esta etapa de *Universidad de México* como una predecesora de la presentación de la actual, elevada a la categoría del arte.

En 1953 llegó el rector Nabor Carrillo. En algunos números seguí figurando en calidad de uno de los encargados de la revista, que pasó a otras manos amigas, como las de Jaime García Terrés y Horacio Labastida. Me retiré, y así terminó mi tránsito por esta querida publicación.